

---

## La licenciatura en Historia y el estudio del mundo colonial: Las maestras que dejaron huella

Alida Genoveva Moreno Martínez

Doctora en Historia y Estudios Regionales. Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad de Guadalajara. [alida.moreno@academicos.udg.mx](mailto:alida.moreno@academicos.udg.mx)

En la década de los 90, tuve la oportunidad de cursar la Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, una época donde los estudiantes de estas carreras se distinguían por su indumentaria. Era frecuente el uso de huaraches de suela de llanta y correas de piel, blusas o camisas de manta bordada con motivos florales, de rombos, morral de lana o de cuero elaborados en Chiapas; los libros de Marx, Weber y Rosa Luxemburgo eran parte de la vida estudiantil. En el tercer semestre se cursaba la materia de Historia colonial, una asignatura relevante para todos aquellos interesados en conocer el pasado de México e iniciar con el trabajo en los archivos locales. La maestra que tenía la tarea de introducirnos en el lenguaje, contenido y corriente historiográfica era la Dra. Carmen Castañeda García, egresada de la licenciatura en Historia y de las primeras mujeres en obtener el grado de doctora en Historia por el Colegio de México, sus temas de investigación estaban centrados en la historia de la educación en la Nueva Galicia, la historia del libro, los lectores y los estudiantes del Seminario de Guadalajara; con el paso del tiempo sabríamos que la corriente historiográfica que utilizaba para sus análisis era la Escuela francesa de los Annales encabezada por Marc Bloch, Lucien Febvre y Roger Chartier, en aquel momento una mirada novedosa sobre el abordaje de la historia. El libro obligatorio para esta materia era la obra de Richard Konezke titulada *América Latina II. La época colonial* de la colección Historia Universal del Siglo XXI (1985), una obra que abarcaba desde los indios americanos y su actitud frente a los conquistadores, los títulos jurídicos de la colonización en América, la política colonizadora, la historia de la población, el desarrollo de

---

la organización estatal, la política indígena de españoles y portugueses, la Iglesia y las misiones, la explotación económica de los imperios coloniales español y portugués, es decir, una mirada general y básica sobre el mundo colonial y su relación con América Latina.

Este ha sido uno de los libros que me han acompañado a lo largo de mi vida como académica y docente; abrir sus páginas me hace recordar las clases vespertinas de historia colonial con la Dra. Carmen Castañeda, en la antigua Facultad de Filosofía y Letras, en las aulas con sus mesabancos de metal color azul. Recuerdo que la Dra. Castañeda llegaba puntualmente a clase, con su bolsa al hombro y en sus manos libros o alguna tesis que estaba revisando. Saludaba e inmediatamente pasaba asistencia; había que llegar a tiempo porque era mal visto ingresar a su clase después de la hora. Con la lista en mano, pasaba a preguntar uno por uno la lectura asignada desde la sesión anterior, motivo por el cual había que tener el libro y las notas preparadas para responder a la profesora. En particular, recuerdo un verano, a principios del mes de julio, cuando decidió organizar un viaje a la Ciudad de México y a la antigua Antequera para visitar museos y la Guelaguetzta. Lo realizó con algunos alumnos de la licenciatura en Historia y otros de los exalumnos más allegados a ella; logró que la Facultad de Filosofía y Letras prestara uno de los autobuses de la universidad para realizar el recorrido. El autobús asignado fue uno de aquellos modelos chatos, sin aire acondicionado, donde se podían abrir las ventanas para ventilar el interior y no tenía baño.

En la Ciudad de México visitamos el Museo Nacional de Antropología, el Castillo de Chapultepec, Bellas Artes y la Alameda. El último día comimos en El Hórreo, un restaurante de platillos españoles, famoso por la paella y los mariscos, ubicado en el centro histórico; en lo personal me fue mal, la comida me pareció bastante pesada y difícil de digerir. Al día siguiente, muy temprano, dejamos la Ciudad de México y nos dirigimos a Oaxaca. El conductor de la unidad era un hombre serio, que no estaba contento con el recorrido; desde que salimos se iba quejando de las distancias, el tiempo de espera y el itinerario. Por fin llegamos a nuestro destino, después de pasar por las numerosas curvas que estaban entre Tehuacán, Puebla, y Cuicatlán, Oaxaca. Uno de los objetivos era ver la

---

Guelaguetzta y visitar el pueblo de Tlacolula de Matamoros, famoso por su mercado tradicional y el uso del trueque, su templo dominico con una gran colección de pinturas y retablos barrocos.

Asistir a la Guelaguetzta fue una tarea imposible; no pudimos conseguir boletos, las agencias de viaje ya los habían vendido con mucha anticipación. El domingo, después de desayunar, salimos del hotel y nos dirigimos al pueblo de Tlacolulan de Matamoros para recorrer el mercado tradicional y sus atractivos; primero hicimos una parada en la zona arqueológica Yagul, después de admirar el paisaje, su muralla y los antiguos basamentos; regresamos a la carretera. En una bifurcación del camino, el conductor tomó una desviación equivocada que nos llevó a una población pequeña, de calles de tierra y polvosas. Era medio día; en ese momento sus habitantes tomaban la siesta después de comer, no había a quien preguntar cómo regresar a Oaxaca. Bajamos del autobús en la plaza del pueblo, caminamos por los portales; el único lugar abierto fue la cárcel municipal. Ahí los policías nos informaron que estábamos en Ocotlán de Morelos, la tierra del pintor Rodolfo Morales. En los 90, Ocotlán era una población pequeña, sin opciones para comer; no había autopista, sino una carretera local. Compramos algunas frituras en la única tiendita que estaba abierta cerca de la salida del pueblo, emprendimos el regreso y llegamos a Oaxaca al oscurecer, cansados y hambrientos. El conductor estaba molesto porque se había salido del itinerario establecido y habíamos gastado gasolina que tendríamos que pagar. A los pocos días regresamos a Guadalajara; sin embargo, a la Dra. Castañeda no le quedaron ganas de volver a organizar otro viaje. Tuvimos el privilegio de acompañarla en esa única ocasión.

Pasó el tiempo y volví a encontrar a la Dra. Carmen Castañeda algunos años después en unas conferencias organizadas por la Cátedra Julio Cortázar; se veía bien, sonriente, ahora utilizaba un bastón y un chofer la llevaba a sus compromisos. Parecía que había logrado salir delante de su pronóstico de cáncer. Lamentablemente, sería la última vez que la vería; a los pocos meses falleció. Todavía alcanzó a recibir un homenaje en vida en el CIESAS, su espacio de trabajo. Todavía conservo el libro de Richard Konetzke, la obra de consulta para

---

las clases de Historia colonial. Al hojear sus páginas, es inevitable no recordar a la Dra. Carmen Castañeda, la profesora que nos abrió las puertas del México colonial, de sus instituciones y la corona española. Descanse en paz una profesora inolvidable, cuyo recuerdo siempre estará ligado a la licenciatura en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara.